

Feb 10, 1896. 34

BLANCO Y NEGRO EN CUBA
CRONICA ILUSTRADA DE NUESTROS
CORRESPONSALES EN LA CAMPAÑA

Desmanes de la insurrección

Si el magnánimo general en jefe hubiera aplicado a los insurrectos la dura penalidad con que son castigados siempre toda suerte de atentados contra el ferrocarril, quizá éstos no hubieran menudeado con la espantosa frecuencia que de Marzo acá venimos lamentando, y el número de enemigos hubiera disminuido mucho, si no por la propia convicción, por la terrible eficacia del castigo. Pero los insurrectos saben que no siendo cogidos "con las armas en la mano" no ha de durar mucho su prisión, y como no son necesarios fusiles ni machetes para destrozar las vías férreas, a esta salvaje operación se dedican muchos, ya que con ello y dificultando las comunicaciones hacen más daño al ejército que poniendo muchos hombres fuera de combate.

Sólo la enumeración de las voladuras, destrozos y desmanes de toda clase llevados a cabo por los insurrectos en las líneas férreas de la Isla, ocuparía muchas planas de Blanco y Negro; límitome por hoy a acompañar estas líneas con dos dibujos del natural, sacados en el sitio de una de esas catástrofes: en la alcantarilla de Santa Rita, de la línea del ferrocarril de Cifuentes a Santa Clara. Los insurrectos colocaron cartuchos de

dinamita a la entrada de dicha alcantarilla con el único fin de que rodaran al fondo la máquina y todos los vagones del primer tren que se dirigiese a la capital de Las Villas. El criminal intento no se cumplió más que en una parte. Dos furgones rodaron, en efecto, al fondo de la alcantarilla, mas afortunadamente la velocidad que llevaban los coches y la larga extensión de todos ellos hizo que el primer vagón de tercera, al descarrillar, quedara formando puente sobre los estribos de fábrica de la alcantarilla, en la forma que lo representa uno de los dibujos, tomados a las pocas horas en el lugar del suceso por mi querido colaborador en estas crónicas Sr. Infante.

Escenas de la guerra

En toda la guerra pasada y en los comienzos de la insurrección presente, la figura del separatista armado era poco menos que un mito en casi todas las provincias de Cuba, pues sólo en dos (Santiago y Las Villas) logró alzar la cabeza, la insurrección. Más en los días que atravesamos, no hay cubano de la Habana, del Camagüey ó de Pinar del Río que haya dejado de ver más cerca ó más lejos el fatídico grupo de negros y mulatos, incansables en el andar, derrotados y fieros, prendiendo fuego a cuantas propiedades hallan a su paso. Hoy las partidas son numerosísimas, no sólo por la facilidad con que cualquiera se erige en cabecilla y arrastra detrás de sí por miedo ó por afán de bandidaje a media docena de desarrapados, sino porque conviene a la táctica del chino viejo dividir hasta lo infinito sus huestes, para que no quede en la Isla bohío ni rincón que deje de experimentar los terribles efectos de este afán de destrucción, que no de inde-

pendencia.

En uno de mis viajes periodísticos me dí de manos a boca con una de estas partidillas, y convencido el jefe de ella, no sólo de que no llevábamos arma alguna, sino de que nuestro único ba- gaje consistía en la cámara del fotógrafo, no sólo nos dejaron marchar tranquilos, sino que accedieron a dejarse enfocar para salir retratados en Blanco y Negro.

Pocos días después tenía ocasión de sacar para ustedes tam- bién otro grupo guerrero, que forma con el anterior curioso e interesante pendant: el retrato del general Pando, que acababa de llegar a Santiago de Cuba para tomar posesión de la jefatura del primer cuerpo de ejército. El bizarro porte del bravo gene- ral, las simpáticas figuras de los ilustrados y bravos oficiales que le rodeaban, hacíanme recordar por ley del contraste las hos- cas figuras y carnavalescos trajes de aquellos negros plateados y de aquellos blancos ennegrecidos que habíamos encontrado en nuestro camino, y que aguardaban sin duda el paso de alguna pe- queña columna sobre la cual disparar a mansalva sus viejos fusi- les.

Ahí tiene el lector de Blanco y Negro los dos grupos, inte- resantes de por sí cada uno de ellos, y más interesantes por el contraste que, como digo, forman. ¡Cuán ajenos a la vecindad de abajo los fieros filibusteros, emboscados entre los árboles, dis- puestos a lanzar su descarga y a huir a todo el escape de sus ca- balgaduras! ¡Cuán ajeno a la vecindad de arriba el simpático gru- po de oficiales que rodea al general, ansiando conocer sus órde- nes para ejecutarlas con toda presteza!

Si la suerte lograra acercar los perseguidores con la facilidad que sus grupos pueden acercarse en la confección periodística, la insurrección hubiera recibido hace tiempo el golpe de muerte, y las tropas españolas hubieran hecho su entrada triunfal en Madrid.

Figuras de la guerra

El capitán D. Máximo Requejo y Lobo, cuyo retrato envío a ustedes, es el héroe de Mal Tiempo, y con el coronel Arizón comparte los laureles de tan reñido combate. Al frente de su compañía del batallón de Canarias supo resistir el empuje de las fuerzas reunidas de Maceo, Máximo Gómez y Cebreco, y sus bravos soldados, así como los caballos con que llegó a escape el coronel Arizón, ahorraron a España un día de luto, pues los heroicos soldados de Bailén no hubieran podido resistir mucho tiempo el fiero empuje del crecido número de enemigos que contra ellos arremetió.

D. Máximo Requejo y Lobo manda la primera compañía del batallón de Canarias; es natural de Aranda de Duero (Burgos), tiene treinta y nueve años de edad, y es soltero é hijo de honradísimos comerciantes de dicha Villa.

Comenzó su carrera militar haciendo la campaña del Norte, donde alcanzó el grado de teniente en la acción de Peñaplata y una honrosa cruz en la toma de Cantavieja.

Seguramente el telégrafo ha enterado a los lectores de todos los detalles de la acción de Mal Tiempo, en la jurisdicción de Cienfuegos, y el nombre de Requejo habrá asomado a todos los labios españoles al enumerar los héroes de esta campaña, más rica

verdaderamente en hermosos rasgos de valor personal que en ventajas positivas para nuestra causa.

Los paisanos del capitán Requejo, entusiasmados por la conducta de éste, le felicitaron por telégrafo. La sociedad de recreo de Aranda titulada La Tertulia, en junta general del 24 de Diciembre pasado, acordó nombrarle socio de honor, regalarle un diploma y una espada, que ha sido encargada a la fábrica de artillería de Toledo.

La segunda fotografía que remito es el retrato del heroico coronel gallego D. Antero Rubín y Homent, jefe del batallón de Granada, al frente del cual derrotó a Roloff y Serafín Sánchez en el potrero de Las Varas, acción en la cual fué herido gravemente en un muslo tan denodado jefe. Mandaba aquel día el teniente coronel Rubín (ascendido por dicho encuentro al empleo inmediato) una columna de 800 hombres de infantería y 60 caballos de húsares de la Princesa y guerrilla de Chiclana. Los enemigos, mandados por Roloff, Serafín Sánchez y otros cabecillas de los que operan en Las Villas, ascendían a 3,000, y acababan de destruir la línea férrea de Tunas a Sancti-Spíritus. El teniente coronel Rubín, sin contar el número de los insurrectos, les batió de frente durante cuatro horas, desalojándoles de las ventajosas posiciones que ocupaban y haciéndoles huir con gran impedimenta de muertos y heridos, pues según pudo comprobarse después, ascendieron a 176 sus bajas, siendo Serafín Sánchez herido en una pierna. La columna de Rubín tan sólo tuvo 15 heridos, graves todos, entre ellos el propio jefe, quien derribado de su caballo y con un muslo atravesado por el plomo enemigo, se negó a ser curado por no retirarse del campo de batalla en aquellos críticos momen-

tos en que tan empeñada se hallaba la acción; y para evitar que decayese el ánimo de sus valientes soldados, montó de nuevo en su caballo, que estaba herido también, arengó a la tropa, reanimándola con el ejemplo de su valor personal, y dió orden de tocar paso de ataque a la bayoneta, lanzándose contra los mambises y cayendo sobre ellos con tal empuje, que consiguió hacerles abandonar el campo en formidable desbandada.

Además del empleo de coronel, ganado en buena lid y a costa de su sangre, el Sr. Rubin ha sido propuesto para una alta recompensa honorífica. Posteriormente a la acción de Las Varas, ha tomado parte en infinidad de encuentros, demostrando en todos ellos su pericia y arrojo y el conocimiento que tiene del país y de la táctica insurrecta.

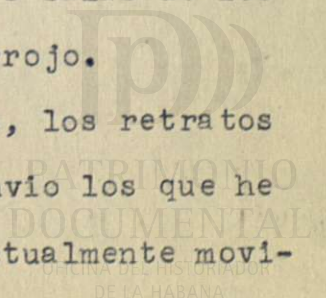
Bomberos movilizados

El Cuerpo de bomberos de la Habana es una de las instituciones más admirables y características de este país. En todas partes los bomberos son operarios asalariados que desempeñan su heroico ministerio con destreza y arrojo casi siempre superiores a lo que puede esperarse, dada la mezquina retribución con que se les suele recompensar. El oficio de bombero, con ser tan arriesgado y peligroso, puede considerarse siempre como uno de los que con mayor desinterés se desempeñan. Pero esto se nota todavía más cuando los encargados de dicha misión son personas pertenecientes a todas las clases sociales, aun a las más elevadas, como acontece con los bomberos de la Habana y con los de algunas otras poblaciones de la Isla que han creado cuerpos semejantes a éste. Aquí se considera como compromiso de honor en-

tre las personas de ciertas condiciones morales y sociales el pertenecer al Cuerpo de bomberos y cumplir con toda conciencia y lealtad los penosos deberes que este cargo trae consigo. El resultado no puede ser más satisfactorio, pues siendo los bomberos personas de buena posición, no sólo se obtiene la ventaja de la superioridad en cuanto a equipo y armamento, sino además la inapreciable del excelente efecto moral que produce el ejemplo de la abnegación pura por parte de aquellos que se prestan espontánea y generosamente a realizar los mayores sacrificios en bien de la vida y de la propiedad de sus semejantes.

Organizado el Cuerpo de bomberos de esta capital con el rigor de la disciplina militar más severa, nada tiene de extraño que desde los comienzos de la campaña se iniciase entre sus individuos la idea de tomar parte activa en las operaciones de guerra. Aquellos que tantas veces han expuesto su vida en incendios debidos a la casualidad y donde sólo podrían perecer contadas personas y objetos de interés privado, se creyeron fundadamente en el deber de prestar su valeroso esfuerzo para concluir con ese otro incendio mucho más terrible que amenaza concluir con muchas vidas y con los más altos y sagrados intereses de la patria, y allá han ido movidos por la lealtad y la nobleza de sus almas bien templadas, y ya en más de una ocasión han demostrado que si saben luchar con el devastador elemento que todo lo asuela, también saben presentar el pecho a las balas de los traidores y hacerlos retroceder con temerario arrojo.

En la imposibilidad de remitir, como desearía, los retratos de todos los valientes bomberos de la Habana, envío los que he podido procurarme de los oficiales del Cuerpo actualmente movi-



lizados que más se han distinguido en los últimos combates.

Es el primero de ellos el capitán D. Francisco López Calderón, quien se hallaba prestando el importante servicio de escolta en los ferrocarriles de vía estrecha de Caibarién a Placetas. Después ha formado parte de la columna que mandaba el general Oliver, distinguiéndose notablemente en diferentes encuentros con las fuerzas insurgentes, y especialmente en los de Baracoa, Seborucal y la Paila.

Acompaña a este retrato el de D. Ignacio Giol Marín, primer teniente del mencionado Cuerpo, que se hallaba de destacamento en el fuerte de Salamanca. Este fuerte ha sufrido diferentes y muy obstinados ataques de los filibusteros. Posteriormente, el teniente Giol con las fuerzas a su mando ha derrotado y disuelto la partida de plateados que capitaneaba el cabecilla Mariano Cantero.

Sigue el retrato del primer teniente D. Alfonso Cortés, quien hallándose destacado en Viñas, sufrió innumerables penalidades con la fuerza que mandaba, habiendo tomado parte muy activa después en el ataque a orillas del río Managüita, en el cual una partida de 200 hombres macheteó cobardemente a dos guardias civiles. El teniente Cortés y sus fuerzas fueron sitiados por hambre é incomunicados completamente por las fuerzas enemigas, sabiendo resistirse como lo hacen los valientes.

Por último, con no menor bravura ha procedido el primer teniente D. Felipe Lebrede González, que hallándose destacado en San Andrés, ha sido en varias ocasiones hostilizado por el ene-

migo y ha sabido repeler gallardamente la fuerza con la fuerza.

Juan de Lasheras.

Blanco y Negro, Madrid, 1^o de febrero de 1896.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA